

ción divina por la cual es cristiano, y no judío, mahometano o hereje; 2.º, la paternal providencia de Dios, que desde que vinimos al mundo ha sido siempre nuestra defensa, y armadura, y escudo fortísimo; 3.º, la divina liberalidad con que nos ha colmado y enriquecido de innumerables dones y singulares dádivas graciosas para adornar nuestra alma y aumentar nuestro gozo en el Señor.

Aconséjanos San Juan Crisóstomo que correspondamos también agradecidos a los inestimables beneficios ocultos que Dios, en su misericordia infinita, se ha servido derramar sobre nosotros a manos llenas: *Dios —dice— es una fuente perenne de clemencia que continuamente está inundándonos con las cristalinas aguas de su divina liberalidad, aun cuando no lo conozcamos.*

Cuenta asimismo Orlandini que el P. Pedro Fabro llegó a señalarse de un modo singularísimo en el agradecimiento a los beneficios ocultos. Solía decir este varón insigne que difícilmente habría ningún otro beneficio por el cual debiéramos ser más escrupulosos en dar gracias a Dios, como por aquel que nunca solicitamos, viniendo a nuestras manos sin que lleguemos a conocerlo.

Probablemente, no pocos de nosotros sabremos en el día de la cuenta que semejantes dádivas, ocultas a nuestras miradas, fueron el verdadero eje sobre el cual girara toda nuestra vida mortal, y con cuyo auxilio llegó a obrarse nuestra predestinación y eterno descanso en la gloria del Cielo.

3.º Ni vayamos tampoco a creer que se nos exige demasiado al recomendarnos los escritores espirituales la obligación de dar rendidas acciones de gracias a Dios nuestro Señor por las aflicciones y tribulaciones pasadas, igualmente que por aquellas otras que tengamos que sufrir en el tiempo presente.

No es éste, claro está, lugar oportuno para entrar en averiguaciones acerca de los riquísimos tesoros que la Providencia divina, en sus altos y secretos designios, pretende sacar de las aflicciones, pues fácilmente ocurrirán a cualquiera. El Santo Juan de Avila solía decir que un solo *Deo gracias* en la adversidad tenía más valor ante los divinos ojos que seis mil en tiempo de prosperidad.

Pero volvamos otra vez a Orlandini, quien es inimitable en aquella magnífica descripción donde pinta a las mil maravillas el don espe-

cial de acción de gracias que adornaba el alma angelical de Pedro Fabro.

Creía este siervo de Dios, y con fundado motivo, que no debían los hombres darse por satisfechos humillándose bajo la mano del Todopoderoso cuando los probaba con públicas calamidades, sino que era menester que tributasen entonces al Señor las más rendidas gracias por semejantes adversidades, es decir, por el hambre y escasez, por las guerras, pestes, tempestades y por todos los otros azotes del Cielo.

Y era para su corazón compasivo motivo de dolor *vehementísimo* ver que los hombres no conocían claramente los amorosos intentos de Dios al afligirlos con semejantes trabajos; ceguera que causaba en su ánimo la mayor pesadumbre, cuando gemía compasivo sobre las desventuras con que Dios se dignaba visitarlos; porque no es ciertamente perfecto agradecimiento aquel que sólo se alimenta de favores y regaladas mercedes.

—¡No! —exclama San Antíoco—, *no podemos nosotros afirmar que un sujeto es verdaderamente agradecido hasta que no le vemos dar a Dios sinceras y cordiales acciones de gracias en medio de las calamidades.*

Y San Juan Crisóstomo, en sus *Homilías sobre la carta de San Pablo a los de Efeso*, escribe que: *debemos dar gracias a Dios hasta por la existencia del mismo infierno, y por todas las penas y tormentos que allí se padecen, pues son un freno eficaz para domar nuestras desordenadas pasiones.*

4:º Es también una devoción muy regalada el dar gracias a Dios, Padre amoroso, por aquellos beneficios que llamamos insignificantes y livianos, no porque exista largueza alguna insignificante para nosotros, criaturas har- to indignas de semejantes favores, sino con relación a las otras misericordias de Dios más soberanas y de más alta estimación.

San Bernardo no teme aplicar a este ejercicio piadoso de acción de gracias por los beneficios de escasa valía el encargo que hizo el Señor a sus discípulos de recoger con exquisito cuido todos los fragmentos y sobras, para que no se desperdiciase absolutamente ninguna.

Leemos en la *Vida de la Beata Battista Varani*, de la Orden de San Francisco, que en cierta ocasión la habló el Señor de esta manera: «Si no volvieses nunca más a pecar; si tú sola hicieses más penitencia que cuantas han

hecho todos los Santos del Cielo mientras vivieron sobre la tierra; si derramases tantas lágrimas como gotas de agua encierran todos los inmensos mares; si sufrieses, en fin, tantas penas y trabajos cuantos eres capaz de sufrir, todos estos sacrificios no serían suficientes para corresponder agradecida al más pequeño beneficio que liberalmente te he concedido.»

Cuenta la misma Varani, que en otra ocasión le dió el Señor a entender cómo ni la Madre gloriosísima del Verbo Eterno, María Santísima, ni todos los Angeles y bienaventurados de la Corte celestial, con cuantos encantos y perfecciones engalanan su gentileza, podrán nunca rendirle las debidas gracias por la creación de la más pequeña flor del campo qué el Omnipotente creara para deleitar nuestra vista, y no por otra razón sino a causa del abismo infinito que existe entre su divina excelencia y soberana grandeza, y nuestra ruindad e inconmensurable bajeza.

También en esta devoción, según refiere Orlandini, llegó a sobresalir el P. Pedro Fabro, quien solía decir que en toda dádiva divina, por liviana que fuese, debían ponderarse tres cosas, a saber: el Dador, el don y el afecto de caridad con que la concedía; y que si nosotros

considerásemos devotamente estos tres objetos, veríamos entonces con toda claridad la grandeza que campea en las más pequeñas misericordias divinas.

«Indudablemente —continúa su biógrafo—, fué ésta la causa por la cual su alma bienaventurada se hallaba siempre nadando en la abundancia de las divinas larguezas; porque siendo Dios un océano inagotable de bondad, es imposible que llegue a secarse la fuente de la liberalidad infinita allí donde da con un corazón sumamente devoto y agradecido, en cuyos senos pueda derramar las cristalinas aguas de sus inefables misericordias.»

Así es que Tomás de Kempis asegura que si nos detuviésemos a considerar la majestad y grandeza del Dador, ningún don tendríamos entonces por pequeño, mucho más sabiendo que el mismo Señor llegó a encargar a Santa Gertrudis que le diese gracias hasta por los beneficios futuros no recibidos todavía; ¡tan acepta es a sus divinos ojos la práctica de acción de gracias!

5.º No raras veces se le oyó decir a San Ignacio que eran muy pocas las personas, acaso ninguna, que penetrasen a fondo el enorme impedimento que oponemos a Dios cuando de-

sea en su inefable liberalidad obrar cosas grandes en nuestras almas, pues apenas son creíbles los portentos que obraría en ellas sólo con que nosotros se lo permitiésemos.

He aquí por qué no pocas personas espirituales han hecho una devoción especial de acción de gracias a la Divina Majestad de los beneficios que el Omnipotente les hubiera concedido si ellas no se lo hubiesen estorbado, y de aquellas otras mercedes a que no correspondieron agradecidas al tiempo de recibirlas.

Fabro solía celebrar misas, o las mandaba decir, en expiación de su desagradecimiento y el de sus prójimos al recibir los beneficios de las manos de Dios nuestro Señor; y siempre que veía algún rico o poderoso de la tierra, acostumbraba a hacer actos de reparación amorosa por la negligencia posible de semejante sujeto en dar gracias a su divino Bienhechor.

Otras personas devotas llegaron a formarse tan elevado concepto de aquellos beneficios divinos, por los cuales dieron gracias al Altísimo al tiempo, de recibirlos, que ahora, no satisfechas con semejante correspondencia, paréceles que aquel agradecimiento suyo no fué tan grande y afectuoso cual pudiera haberlo sido, devoción generosa y grandemente rega-

lada que, según afirma San Lorenzo Justiniano, entra en la acción de gracias que rinden al Rey de la Majestad los bienaventurados de la gloria del Cielo.

Aquellos beneficios, pues, de que abusamos o recibimos con desdeñosa indiferencia aconseja San Bernardo que debemos considerarlos como asunto de un especial hacinamiento de gracias.

Otras personas, últimamente ejercitaron la devoción de dar gracias a Dios hasta por los beneficios a que se fuesen preparando sus próximos, y por cuanto bueno les acaeciera mientras se hallasen dormidos, práctica piadosa que nos demuestra a lo menos el amor ingenioso de los corazones agradecidos.

Pero todavía existe otra devoción en la cual solía ejercitarse Pedro Fabro, según enseña Orlandini, y que bajo ningún concepto debemos pasar en silencio, la cual consiste en dar a Dios gracias muy señaladas por haber impedido que no pocas de nuestras acciones y palabras causasen el escándalo que de suyo hubieran producido; ¿concíbese, pues, misericordia más dulce regalada que la presente?

6.º Otra de las devociones de las personas piadosas consiste en dar gracias al Hacedor del

mundo por todas las criaturas irracionales, cuya práctica es sumamente agradable a sus divinos ojos como Creador sapientísimo del universo, y tiene asimismo la ventaja de ser una de las devociones más excelentes de la presencia de Dios, pues que nos dispone en todo tiempo y lugar a elevarnos hasta Él por la contemplación de las criaturas.

Pero en semejante devoción no debemos atender principalmente al uso y señorío que Dios en su liberalidad infinita se ha dignado concedernos sobre los seres de la naturaleza, sino más bien al amor que nos tuviera al crearlos, según Él mismo aseguró a Santa Catalina de Sena.

«Cuando el alma —le dijo— ha llegado al estado de perfecto amor, recibiendo los dones y gracias de mis manos, no tanto considera la dádiva mía, como el afecto de caridad que moviera mis paternales entrañas a conferírsela.»

7.º Glorificaremos igualmente a Dios nuestro Señor dándole rendidas gracias por todos los beneficios otorgados a nuestros enemigos.

Semejante devoción es el ejercicio más excelente del amor fraternal, y altamente agra-

dable a los divinos ojos; porque es imposible que llegue uno a practicarla por mucho tiempo sin que la indiferencia y resentimiento que abriga en el corazón contra su prójimo no cedan luego el paso a la dulzura y cariño hasta por aquellos hermanos nuestros que más nos ofendieron y mayor aversión llegaron a tenernos.

Más como mi principal objeto al escribir la presente obrita no es otro que el acumular una abundancia de medios, a cuál más tiernos e ingeniosos, para procurar a nuestro Señor dulcísimo siquiera un pequeño grado más de gloria; como mi ánimo es mover suavemente a mis lectores a ejercitarse en actos de reparación amorosa por las ofensas y ultrajes que reciben diariamente la honra de Dios y los sagrados intereses de Jesús, paréceme que no será inoportuno añadir aquí algunos otros métodos de acción de gracias que tanto hacen a mi propósito.

Trasladémonos, pues, con la consideración a las cavernas del infierno, y contemplemos allí aquellas almas infelices que habitan esa región de tinieblas y sempiterno llanto; no existe ni una sola a quien Dios no colmara de bendiciones, enriqueciera de dones muy señala-

dos y exornara con las caricias divinas del Espíritu Santo.

Pero en aquellas cárceles tenebrosas no se canta ninguna canción de gracias al Altísimo; allí sólo levanta su voz la justicia inexorable del Rey de la majestad; y el divino amor permanece silencioso.

He aquí por qué el Venerable P. Luis de la Puente, en el *Prefacio a sus Meditaciones*, nos recomienda encarecidamente la práctica devota de acción de gracias a Dios nuestro Señor por todos los beneficios de naturaleza y gracia que ha derramado sobre los mismos condenados.

Otros han ido aún más lejos todavía: era tal su celo por la gloria de Dios, y tan grande su temor de que pudiese haber algún rincón del mundo donde no se tributasen al Creador omnipotente las gracias debidas a sus divinas misericordias y soberanas larguezas, que llegaron a ofrecerle alabanzas por haber tenido su bondad la dignación de contentarse con castigar a los réprobos *citra condignum*, esto es, menos de lo que merecen sus culpas; ¡cuán prodigo, pues, no ha sido Dios de su bondad infinita, y cuán cierto es asimismo que sobrepujan al cálculo los innumerables dones y mercedes que concediera liberal a los condenados.

Añadamos ahora la muchedumbre de judíos; infieles y herejes que existen en toda la redondez de la tierra sin cuidarse de corresponder agradecidos a los divinos beneficios, y agreguemos igualmente tantos malos católicos que están viviendo en pecado mortal, hollando bajo sus pies los santos Sacramentos, crucificando de nuevo a nuestro Señor dulcísimo y exponiéndole descaradamente a la pública vergüenza.

¡Gloria, pues, a Dios por cada una de las larguezas que ha otorgado a estas infelices criaturas tuyas! Alábele ahora en su memoria el Santísimo Sacramento desde todos los tabernáculos del universo mundo; porque mil veces más dulce y melodiosa es la voz de Jesús sacramentado que pudiera haberlo sido aquella otra voz clara, llena, sonora y armoniosa que, según la judaica tradición, solicitara el abrasado amor angélico.

Si queréis poner en práctica esta devoción del, hacimiento de gracias por todos los beneficios que el Creador omnipotente ha derramado a manos llenas sobre sus criaturas, yo me atrevería a aconsejaros que adoptarais el plan del *Apostolado de la Oración*; y no vayáis a persuadiros que cambiando la oración

en acciones de gracias deje por eso de ser verdadera oración; al contrario, aumentará así su excelencia.

El domingo, bajo la invocación de la Santísima Trinidad, ofreced a Dios rendidas gracias por la Iglesia, el Papa, el Clero y por todos los fieles que viven en estado de gracia.

El lunes, en unión con todos los Santos de la Corte celestial, dad al Señor Dios nuestro infinitas gracias por todo cuanto ha hecho, hace y hará graciosamente en lo sucesivo por las necesidades del catolicismo en Europa.

El martes, convidad a los Angeles que tengan la dignación de unirse con vosotros para rendir gracias a la Divina Majestad por todas las misericordias que ha otorgado a los que por no conocerle, no le rinden acción de gracias.

El miércoles, invocad a San José, y, en unión suya, dad gracias a Dios nuestro Señor por todo el amor que pródigamente ha derramado sobre todos los gentiles que pueblan el Asia Oriental.

El jueves, uníos con Jesús en el Santísimo Sacramento, y suplid el desagradecimiento de todos los infieles del Asia Occidental.

El viernes, cobijaos dentro del Sagrado Corazón de Jesús, , y enfervorizados allí con la memoria de su Pasión santísima, suplid la ingratitud de todos los herejes y cismáticos que viven diseminados por toda la redondez de la tierra.

Y últimamente, el sábado, ofreced a Dios el Inmaculado Corazón de nuestra Madre benditísima por tódos los pecadores del mundo, en justo agradecimiento a los innumerables beneficios con que se ha servido enriquecernos.

¡Oh Dios y Padre mío! ¡Pluguiera al Cielo que esta pequeña ofrenda que me atrevo a presentar a tus divinos pies pudiese procuraros un poquito de gloria, siquiera no fuese más que un solo grado, y sirviese asimismo para aumentar diariamente el número de corazones que anhelan con vivas ansias amar a tu hijo Jesús y Salvador nuestro, gimiendo inconsolables por ser tan poco amado de los hombres!

¿Qué me importa la vida ni la misma muerte, si a costa suya lograrse que Dios fuese más y más amado cada día?

¡Oh dulcísimo Jesús mío!, ¡cuándo se encenderá nuestro corazón en la llama del divino amor! ¡Cuándo, Jesús mío y Salvador mío,

cuándo! ¿Dónde está, Dueño mío, aquél fuego que viniste a encender sobre la tierra? ¿Dónde está, que no llega a consumirse mi corazón?

¡Señor amorosísimo, ya que tan poco os amamos, avergoncémonos siquiera y llenémonos de un santo rubor por no profesaros aquel amor que se merece vuestra grandeza soberana, y la hermosura y embeleso de vuestra divina naturaleza que roba los ojos del Querubín!

8.º El objeto de la presente práctica consiste en dar gracias a Dios nuestro Señor con el mayor regocijo posible y el más encendido fervor del corazón por la inmensa muchedumbre de Ángeles y Santos que pueblan los Cielos, adorándole como a su cabeza y rindiéndole infinitas gracias como autor de toda gracia y dador de todos los dones.

Porque si nosotros le profesáramos un verdadero amor, nuestra mayor pesadumbre sería considerar esta nuestra incapacidad para amarle dignamente y cual se merece, y en su consecuencia, tendríamos como un beneficio inestimable que su liberalidad infinita se hubiese servido dispensarnos la creación de ésa multitud innumerable de seres bienaventurados ca-

paces de amarle más, incomparablemente más que nosotros le amamos a pesar de todos nuestros esfuerzos.

Algunas personas piadosas han añadido a esta práctica devota la de la acción de gracias por todo el culto y adoración que al presente está recibiendo el Altísimo en toda la redondez de la tierra y mansiones del purgatorio; por todos los sacrificios que ahora le ofrecen millares y millares de ministros suyos y almas puras; por todas las oraciones que desde innumerables iglesias y santuarios suben en olorosa espiral a los pies del excelso trono que ocupa en el empíreo cuál Rey de la majestad; por los votos con que se están ligando los fervorosos fieles para ofrecerse en su servicio cual víctima de expiación, y, finalmente, por todos los grados de aumento que recibe el amor divino en aquellos corazones que viven la vida regalada de la gracia santificante.

Otras personas devotas se han sentido asimismo dulcemente atraídas a rendir a Jesús continuas acciones de gracias por los misterios gloriosos de su vida santísima, alabándole con perpetuos loores por la gloria inefable que en ellos gozara, por la que procuraran a su Eterno Padre y por los inestimables beneficios

que de ellos hemos nosotros conseguido; de aquí es que a todos los siervos de Dios que profesaron una especial devoción a la resurrección triunfante y gloriosa de Jesucristo, Salvador nuestro, se les ha visto casi siempre aficionadísimos a la práctica amorosa de la acción de gracias.

SECCIÓN 4

Acción de gracias por el don inestimable de la fe.

9.º Otras personas llegaron a señalarse por un afecto profundo de agradecimiento hacia el don inestimable de la fe y a todas aquellas maravillas sobrenaturales de nuestra sacrosanta Religión cristiana, dones que forman dos fuentes distintas y muy abundantes de tierna devoción.

La primera, esto es, la fe, induce a los hombres a regocijarse no menos en la absoluta soberanía de Dios y supremacía ilimitada de su excelencia y adorable Majestad, que en su impropia dignidad y vileza, que sobrepujan a todo humano encarecimiento.

A semejanza de Pedro Consolimi, se ven inclinados a favor de aquella opinión teológica relativa a la naturaleza y eficacia de la gracia que favorece más a la elección divina que al libre albedrío del hombre; y si adoptan con Lessio la opinion contraria, es solamente porque; a juicio suyo, procura más gloria a Dios que la primera.

Imagínanse que nunca podrán ellos agradecer a Dios debidamente el singular beneficio, digno de perpetuos loores, que se les ha otorgado de hallarse tan completa y absolutamente abandonados en las manos de su Creador omnipotente, y por nada del mundo cambiarían de condición.

Apenas pueden concebir que existan personas que no abriguen los mismos sentimientos; y si bien bendicen a Dios, rico en misericordias por sus inefables promesas, el instinto habitual suyo consiste principalmente en poner toda su confianza en el amor divino; cuídanse muy poco o nada del mérito, y su única solicitud es la gloria de Dios nuestro Señor: *No podemos sufrir este lenguaje acerca del mérito*, dicen con San Francisco de Sales: aunque de aquí no se sigue que todo el mundo esté obligado a sentir y hablar de la misma manera.

El dulce pensamiento de la soberanía de Dios, más bien que el de su inquebrantable fidelidad, es para los espíritus melancólicos y abatidos el blando lecho de su reposo y descanso apacible; semejantes sujetos gozan en la religión de una dicha inefable, excepto cuando Dios les retira por algún tiempo, para su mayor santificación, aquella dulce confianza, y aun entonces es su lenguaje el de Job: *Aunque me mate, en Él pondré todavía mi confianza.*

Dichas personas parece que poseen el don especial de la abnegación propia y del desapego completo a las cosas del mundo: deléitanse en los planes y espirituales empresas que acometen los demás hombres y aquellas Ordenes religiosas rivales a la suya.

Complácense de que sea enteramente sobrenatural todo lo relativo al mérito, satisfacciones, absoluciones, hábitos infusos e indulgencias; profesan una reverencia profunda a todas las bendiciones de la Iglesia, a los Sacramentos, materias, formas, administración de los mismos y a las rúbricas que se observan en sus ceremonias, que más bien que un ritual y directorio de las pompas de la tierra, parecen resplandores y centellas del cielo.

Gloríanse de que los principios del Evangelio y la vitalidad de la Iglesia sean opuestos a todos los cálculos y máximas del mundo; alégranse en la fuerza de la flaqueza, en la exaltación de la santa pobreza, en el esplendor de la humillación, de la omnipotencia del sufrimiento, en el triunfo de la derrota.

Todas estas cosas son para ellos como los suaves y olorosos perfumes de las Molucas, que lleva el viento al fatigado navegante, la fragancia del cielo y el exquisito aroma de la Divinidad.

Regocíjense de que los hombres se conviertan por la eficacia inefable del don invisible de la gracia, más bien que por los razonamientos de la controversia, y sienten su corazón inundado de indecible placer cuando se persuaden que Dios no raras veces toma de su propia cuenta el negocio de nuestra salud, trabajando en él por sí mismo, sin valerse para nada de nuestra cooperación.

No se agitan en su mente arcanos impenetrables sobre Dios y la naturaleza, porque no consideran al hombre, conforme enseñan los *Tratados Bridgewater* y otras publicaciones por el estilo, como el centro del sistema del universo, como la razón última de la creación y el blanco principal de los designios divinos; imagínanse

que semejante teoría disminuye el campo de sus vistas espirituales, como limita el de las vistas humanas de la naturaleza la hipótesis de que la tierra es el centro del sistema solar, o bien que el sistema solar es el centro del universo, sino que contemplan a Jesús como centro de todas las cosas, cómo la razón última de la creación; como el blanco de los designios divinos.

Figúranse que la predestinación de Jesús todo lo explica, todo lo armoniza y todo lo gobierna; cuya predestinación, juntamente con la de su Madre bendita,, Reina y Señora nuestra, es la fuente de todo cuanto existe fuera de la unidad de la Trinidad.

El fin exclusivo de todos sus desvelos en este valle de lágrimas es seguir las sendas de Jesús, y a excepción de la excelsa dignidad de ser objeto predilecto de las caricias divinas,- todo lo demás no tiene interés ni importancia alguna ante sus ojos; así como los luminosos rayos solares ocultan a nuestra vista las estrellas del firmamento, así el rico y alegre esplendor de la predestinación de Jesús apenas permite a estas almas bienaventuradas ver y distinguir los misterios impenetrables de la fe, la permisión del mal, la eternidad de las penas del infierno y otros dogmas por el estilo.

La acción de gracias por el don inestimable de la fe es una práctica que nunca podrá ser bastantemente recomendada en el siglo en que vivimos.

Semejante práctica fué la devoción favorita de Santa Juana Francisca de Chantal, una de las almas más bellas y angelicales que han existido sobre la tierra, y de cuya vida voy a trasladar aquí, sin el menor escrúpulo, un extenso párrafo; porque entre todas las variedades de la vida espiritual y las manifestaciones del espíritu de santidad, paréceme que no existe ninguna más conveniente y provechosa a nuestras almas que el dulce y suave espíritu de la Orden de la Visitación, que tanta semejanza tiene con el Oratorio de San Felipe.

Cuando San Francisco de Sales se hallaba en Roma durante su juventud, pasaba no pocas horas del día en el Oratorio, cuya regla solía llamar *manera admirable de vivir santamente*; y uno de sus amigos más íntimos era el venerable Juvenal Ancina, en cuyo proceso de canonización figura como testigo el mismo San Francisco.

Queriendo, pues, éste varón insigné consolidar en el Chablais su obra de la conversión de las almas, creó en Thonon un Oratorio de

San Felipe, compuesto de siete Padres, de los cuales fué él mismo su prepósito; así es que la Santa Sede ha autorizado a varias de nuestras Congregaciones para que guarden la fiesta de San Francisco como si fuese la fiesta de un Santo de la Orden; y la regla de la Visitación tiene no pocos puntos de semejanza con la de San Felipe Neri.

No es, pues, extraño que la edición de las obras del Obispo de Ginebra, impresa en Venecia, lleve por título: *Obras espirituales de San Francisco de Sales, Prepósito del Oratorio de honor y Fundador de la Orden de la Visitación de Santa María*; ni que la traslación de la *Vida de la Venerable M. Blonay*, de Carlos Augusto de Sales, publicada en Nápoles, año 1694, tenga en su portada las siguientes palabras: *Por un humilde siervo muy amante del espíritu de San Francisco de Sales y San Felipe Neri*.

Pero volvamos a Santa Juana Francisca.

En la *Vida* (9) de esta sierva de Dios leemos lo que a continuación vamos a copiar: «Cuando después de casada se fué a vivir al campo, e igualmente en su estado de viuda,

(9) *Vida*, vol. II, pág. 6, edic. del Orat.

mandó aprender el canto del Credo a aquellos de sus criados que mejor voz tenían, a fin de que acompañasen, cantándole con gran solemnidad, en la Misa parroquial, el cual oía la Santa con indecible placer de su alma; y luego después que se hizo religiosa, ella misma solía cantarle durante la recreación.

Profesaba una singular devoción a los santos Mártires porque habían generosamente derramado su sangre por la fe, e igual reverencia tenía a aquellos grandes Santos de los primeros siglos que defendieron palmo a palmo tan rico tesoro, así de palabra como por escrito; de suerte que era ya proverbial entre sus religiosas decir en las festividades de los grandes Santos de la primitiva Iglesia: *Es uno de los Santos de nuestra Madre.*

No se contentaba con oír leer sus vidas en el refectorio, hablando de ellas luego después mientras la recreación, sino que se llevaba no raras veces el libro a su celda para volverlas a leer privadamente.

Y en los últimos años de su peregrinación en este valle de lágrimas compró las *Vidas de los Santos*, en dos volúmenes, anotando las de aquellos grandes siervos de Dios y primeros hijos de la Iglesia, que leía con mayor devo-

ción; profesaba una especial reverencia a San Espiridión, por haber este varón insigne cautivado en obsequio del Credo católico su razón de filósofo sutil.

Sabía de memoria el himno de Santo Tomás, *Adoro te devote*, que recitaba con bastante frecuencia, cuyo himno hizo aprender a varias de sus religiosas, declarándolas al propio tiempo que ella siempre repetía dos o tres veces el verso siguiente

Credo quidquid dixit Dei Filius.

Al principio de su viudez entregóse tan de lleno a esta su devoción favorita, que la mayor complacencia suya consistía en convencer a su entendimiento de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía con las siguientes palabras: *Veó vino, y creo que es la Sangre del Cordero de Dios; gusto el sabor de pan, y creo que es la verdadera Carne de mi Salvador.*

Mas luego que se puso bajo la dirección de San Francisco, aprendió del Santo a simplificar su símbolo y recitar cortos y fervorosos actos de fe, demostrándole aquel Prelado ilustre que la fe más sencilla y humilde era también la más sólida y agradable a los divinos ojos.

Diariamente repetía la sierva de Dios, al fin del Evangelio de la Misa, el Credo y el *Confiteor*; y un día, exhortando a sus religiosas a practicar la misma devoción, exclamó: *¡Pero, Dios mío de mi alma!, ¿qué necesidad tenemos nosotras de humillarnos cuando ni por sueños siquiera se nos juzga dignas de confesar la fe delante de todos los tiranos de la tierra?*

Un espíritu parecido fué el que movió a San Felipe a levantarse una noche en el Oratorio, lleno todo de agitación y de espanto, recelando que lo que había dicho a sus oyentes el predicador de la tarde de aquel día podría acaso haberles dado una idea favorable del instituto, y prorrumpió en estas sentidas expresiones: *¡No hay motivo para vanagloriarse! Nada somos nosotros; ningún individuo de la Congregación ha derramado todavía su sangre en defensa de la fe.*

Santa Juana Francisca había asimismo escrito ciertas sentencias en las paredes de su celda, habitación que después fué destinada para noviciado; y en la pared, debajo del Crucifijo, puso el versículo siguiente del Libro de los Cantares: *Sentéme debajo de la sombra de mi Amado, y su fruto fué dulce a mi paladar.*

Rogándole una hermana suya de comunidad que tuviese la dignación de decirle por qué ponía esta sentencia en aquel lugar. *Para estar frecuentemente, le replicó, haciendo actos breves y sencillos de fe; porque si bien la fe es en sí misma una clara luz para la razón humana, es, no obstante, una sombra, y quiero que mi razón se siente a descansar bajo la sombra de la fe, la cual me manda creer que Aquel que con tanta ignominia está clavado en la Cruz es el verdadero Hijo de Dios.*

Declaró igualmente en otra ocasión que siempre que contemplaba el Crucifijo tenía la intención de que la simple mirada suya fuese un acto de fe semejante al del Centurión, quien, dándose golpes de pecho, decía: *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.*

La misma Santa reveló un día en confianza a cierta persona, que, aun viviendo en el mundo, se había Dios servido comunicarla luces inefables acerca de la pureza de la fe, manifestándole al propio tiempo que la perfección de nuestra inteligencia, acá en la tierra, consiste en su cautiverio y sumisión a las verdades oscuras de la fe; que sería iluminada dicha potencia con esplendorosas claridades de vivísima luz a medida que fuese más humildemente rendida a

las obscuridades de los dogmas divinos; que siempre había ella *detestado aquellos sermones* en los cuales se intentaba probar por la razón, natural el misterio de la augusta y adorable Trinidad y los otros artículos de nuestra fe; que no debía el fiel cristiano buscar en los dogmas ninguna otra razón sino aquella única, soberana y universal razón, es a saber, que Dios los ha revelado a su Iglesia.

Así es que nunca se cuidaba de oír hablar de milagros, revelaciones, etc., en confirmación de la fe, y no raras veces ordenó que pasasen por alto semejantes motivos de credibilidad cuando leían en el refectorio las *Vidas de los Santos* o los *Sermones* sobre las festividades y misterios de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen María.

Parecíase en esto al gran rey San Luis de Francia, quien llamado en una ocasión a su capilla privada para que viese cierta especie de milagro que había tenido lugar durante la Misa, rehusó el ir, diciendo que él, gracias a Dios, creía en el Santísimo Sacramento del Altar; que no aumentarían su fe en tan soberano misterio todos los milagros del mundo, y que no quería ver a Jesús con los ojos de la carne, no fuese caso que perdiese la especial bendi-

ción que el Salvador prometiera a aquellos que no vieron y, no obstante, creyeron.

Tenía igualmente Chantal la costumbre de repetir a sus religiosas las siguientes palabras: *¿Qué tenemos nosotras que ver, hijas mías, con pruebas, milagros y revelaciones, a no ser para bendecir y glorificar a Dios nuestro Señor, que en su infinita misericordia se ha dignado proveer de semejantes auxilios a aquellos que los necesitan? Bástanos saber que Dios nos ha revelado, por mediación de su Iglesia, todo cuanto es necesario para nuestra felicidad temporal y salvación eterna.*

Cuando escribió las meditaciones para los ejercicios espirituales, extractadas de los escritos de San Francisco, compuso una sobre el beneficio inestimable que Dios nos ha otorgado haciéndonos hijos de la Santa Iglesia católica, cuya meditación había escrito en pliego separado, y declaró a sus religiosas que no había apartado su mente de dicha meditación durante los dos primeros días de su retiro espiritual.

Leía las Santas Escrituras con licencia de sus superiores; pero entre todos los libros divinos, el más favorito de este Código sagrado era el de los *Hechos de los Apóstoles*; imposible es

decir las veces que leyó y releyó, relatando su contenido a la comunidad cada día con nuevo fervor, y no parecía sino que siempre que les hablaba de la primitiva Iglesia anunciábales cosas que nunca antes habían oído.

Cuando supo que su hijo había muerto en la isla de Rhe combatiendo contra los ingleses, postróse en tierra, cruzadas las manos, los ojos levantados al cielo, y exclamó: *Concéde-me, Señor y Dios mío, concédeme licencia para hablar y dar rienda suelta a mi dolor; y ¿qué diré, Dios mío de mi alma, sino rendiros gracias por la honra singular que me habéis hecho llevándoos a mi único hijo mientras estaba combatiendo en defensa de la Iglesia romana?*

Y tomando luego un crucifijo en sus manos, le besaba y decía: *Acepto este cáliz amargo, Redentor mío, con la más profunda sumisión posible, y ruégoos que recibáis a ese hijo de mis entrañas en los brazos de vuestra divina misericordia.*

Apenas acabó esta plegaria, apostrofó a su hijo con estas sentidas palabras: *¡Oh hijo mío querido!, ¡qué dicha la tuya haber sellado con tu sangre la fidelidad nunca desmentida que tus abuelos profesaron siempre a la Santa Igle-*

sia romana! ¡Y créome en esto muy feliz, y doy gracias a Dios porque me ha cabido la suerte incomparable de ser tu madre.

SECCIÓN 5

Acción de gracias, después de la Misa y Comunión

10. Pero todavía existe una práctica de gracias que debe entrar con todas las otras devociones de agradecimiento, juntándose a ellas: devoción, digámoslo así, de lágrimas, más bien que de palabras, la cual consiste en dar rendidas gracias a Dios nuestro Señor por el adorable sacrificio de la Misa y real presencia de Jesús sacramentado en su Iglesia.

Pero no solamente el beneficio inestimable del sacrificio augusto del Altar es quien reclama continuas acciones de gracias, ni tampoco el inefable amor e indecible condescendencia que envuelve semejante misterio, sino más bien el gozo celestial y divino que se experimenta viendo que ahora, al menos, se ofrecen a Dios gracias infinitas dignas de su grandeza soberana.

En efecto, ya no tenemos necesidad de sentarnos a las orillas de los caminos del mundo gimiendo y llorando porque la Divina Majestad no es reverenciada, alabada y glorificada cual se merece, pues que una sola Misa es una alabanza infinita al Rey de la gloria, y apenas se pasa un momento del día y de la noche en que no se celebre tan augusto sacrificio, así en nuestro hemisferio como en el de nuestros antípodas.

El Santísimo Sacramento sé halla en todas las iglesias del orbe católico, ora en las que concurre una inmensa muchedumbre de fieles, ora en aquellas que se ven enteramente desiertas y abandonadas; y doquiera se encuentre Jesús sacramentado, allí se rinden al Eterno infinitas alabanzas, dulces adoraciones e indecibles acciones de gracias.

La función especial de la Santa Misa consiste en la Eucaristía, esto es, en el culto de acción de gracias; así es que la simple criatura, por medio del Santísimo Sacramento, puede ofrecer al Altísimo un acto de adoración más excelso y sublime que aquel que pudiera ella haberse imaginado jamás, porque es imposible que la criatura tribute y pague a su Creador un homenaje más soberano como recibién-

dole real y verdaderamente en el augusto misterio del Altar.

¡Oh qué dulce reposo no siente el alma al ocuparse en tan tiernos pensamientos! ¡Cuántas querellas secretas no podemos apaciguar con tan suaves recuerdos! ¡Cuántas inquietudes altaneras contra nuestra propia pequeñez y ruindad, contra nuestros bajos deseos y contra nuestra imposibilidad para amar a Dios cual debe ser amado no podemos sosegar y calmar con el dulce embeleso de semejantes maravillas y grandezas del divino amor! ¡Loor eterno a Jesús, que es todo para nosotros! ¡Gloria y alabanza a nuestro Salvador adorable, de quien nos viene todo cuanto apetecemos por muy extraños medios y sendas las más inconcebibles!

¿No tenemos, pues, sobrada razón para afirmar que amamos a Dios dignamente, y que le adoramos con adoraciones propias de su grandeza soberana, siendo Jesús nuestro amor y nuestra adoración? ¡Oh cuán dichosos somos, inmensamente dichosos, con las inefables larguezas y divinas misericordias de nuestro Jesús dulcísimo!

No parece sino que es mayor consolación el deberlo todo a Jesús, que el adquirirlo, a ser

posible, a costa de nuestra propia cosecha; y he aquí por qué no hay placer en la vida presente que se iguale al sentimiento de la multiplicación y reduplicación de nuestros deberes para con nuestro Señor adorable.

Cuanto mayores sean nuestras deudas, tanto mayor será nuestro gozo; cuanto más complicadas y enmarañadas nuestras obligaciones, más alegre y risueña será nuestra libertad; el conocimiento de que por toda la eternidad no satisfaremos la deuda del amor que Jesús nos profesa, y la seguridad de que siempre existirá en nosotros la misma imposibilidad de pagarle cuanto le debemos, es el mayor gozo de los gozos.

Mientras tanto, gracias, un millón de gracias y loores sean dados a Jesús, Salvador nuestro, por su dignación en ofrecer por nosotros al Dios omnipotente alabanzas, adoraciones y acciones de gracias inefables, soberanas, infinitas como el mismo Rey de la majestad.

Quizá estas finezas de Jesús contribuyan grandemente a que nos formemos una idea cabal de cuán lejos estamos de corresponder agradecidos a nuestro Señor dulcísimo, y cuán grande ha sido la distancia para llenar la obligación del hacimiento de gracias.

Cualquiera que sea el juicio que uno pueda haberse formado sobre los métodos particulares para ejercitar la devoción del agradecimiento practicados por los Santos o sugeridos por los escritores espirituales, la Iglesia toda entera conviene, sin embargo, en la utilidad y necesidad de una devoción especial de gracias para después de la Comunión.

Si hay algún momento en la vida del hombre para el agradecimiento a las divinas larguezas en el cual tenga la lengua que enmudecer, es ciertamente aquel en que el Creador se digna abrumar a su criatura con el don estupendo de darse a sí mismo en mantenimiento y de hallarse realmente morando dentro de nuestro pecho.

Así es que aconsejan los escritores espirituales que no abramos libro alguno en los primeros instantes después de haber comulgado, empleando tiempo tan precioso en dulces coloquios con Jesús Señor nuestro, que no poco seguramente tendremos que contarle; y aunque así no fuese, no por eso dejará Él de hablarnos alguna cosa en el silencio profundo de nuestro corazón, siempre que nosotros queramos escucharle.

Pero ¿qué es lo que pasa en realidad cuando el Señor se digna sentarnos a su divina

Mesa? Si el fervor y regularidad de nuestro hacimiento de gracias después de la Comunión fuese el termómetro del amor que profesamos a Jesús, ni una sola centella de ese fuego sagrado se mantendría entonces viva en el fondo de nuestro endurecido corazón.

En efecto, para no pocos de nosotros difícilmente exista un cuarto de hora de la vida que nos sea más enojoso y de todo punto inútil que aquel que consagramos a dar, según decimos, infinitas gracias a Dios nuestro Señor después de haber comulgado; ¡nada tenemos que contar a nuestro Jesús adorable! ¡Nuestro corazón permanece insensible a tan regaladas caricias a pesar de ser el don recibido el más excelente que pueda otorgársenos durante toda nuestra vida mortal!

Cada vez que uno comulga, desenvuélvese semejante prodigio ante nuestros ojos en lóbrega obscuridad, tomando dicho favor gigantescas proporciones, al propio tiempo que nuestra tibieza y desagradecimiento transforman la continuación de la entrañable caridad divina en una maravilla grandemente singular y extraña.

¡Hospedádose ha dentro de nuestro pecho Aquel que ha de ser nuestro gozo sempiterno

en la gloria del Cielo, y nada tenemos que decirle!, ¡y nos produce cansancio su dulce compañía!, ¡y es una consolación no pequeña para nuestro espíritu cuando creemos que se ha ido!

Fuimos para con Él ciertamente urbanos y cortesés, y le pedimos su bendición como a nuestro superior; es decir, que todas nuestras consideraciones y tratamientos hacia tan cariñoso huésped redujéronse a meras atenciones de buena crianza, o cuando más a simples respetos de un vasallo para con su Rey y Señor.

Inútil es, pues, el exhortar a los hombres que adopten diferentes prácticas de acciones de gracias, supuesto que la visita que el mismo Señor se digna hacerles en persona apenas consigue de ellos que ejerciten una solamente; no parece sino que la acción de gracias no tiene más que una sola mansión sobre la tierra, y que hasta este dominio suyo va siendo cada día más precario.

Y menos mal si semejantes acciones de gracias, llenas de tibieza y frialdad, nos hicieran comprender siquiera el escaso interés que tomamos por Jesús; así como el apreciar de que sería la religión de nuestro gusto recibir la gracia sin tomarnos la molestia de recibir a su Autor en el augustísimo Sacramento.

¡Oh adorable Señor sacramentado!, y conociendo Tú esta nuestra mala correspondencia al beneficio inestimable que tienes la dignación de otorgarnos, dándote en manjar y bebida de nuestras almas, ¡que todavía hagas asiento en el tabernáculo!, ¡que todavía quieras servirnos el dulce y regalado plato de tu sagrado Cuerpo y Sangre preciosísima!

Pero diréis vosotros: «Dura cosa es, ciertamente, el abandonarnos así en situación tan angustiosa cual parece ser la nuestra, según auguran esas vuestras expresiones de desenfado y más o menos amargas que habéis tenido la amabilidad de dirigirnos. Pues si nuestras acciones de gracias son tan defectuosas; propóngansenos los medios para mejorarlas, que acaso tratemos de ponerlos en ejecución para el logro de semejante fin.» Bien: veamos, pues, qué nos enseñan los libros espirituales acerca del particular.

Paréceme que existen pocas dificultades más universalmente sentidas que la de una buena acción de gracias después de la Comunión.

Ya dije arriba que los escritores espirituales recomiendan que, al menos en los primeros minutos después de haber comulgado, no

se abra libro alguno, por más devoto que sea; asegurándonos que si la gracia tiene ciertos momentos solemnes, críticos y decisivos en la vida del hombre, son, a no dudarlo, aquellos que van sucediéndose mientras Jesús permanece sacramentalmente presente en nuestro corazón.

La gran maestra y doctora de la acción de gracias después de la Comunión es la insigne española Santa Teresa de Jesús; el ahínco con que insiste en hacer resaltar maravillosamente las grandezas y excelencias de tan piadosa devoción; la frecuencia con que vuelve una y otra vez a ocuparse en el mismo asunto; los consejos prácticos llenos de sabiduría que da acerca de la manera como hemos de ejercitarnos en ella para que sea grandemente provechosa a nuestras almas, vienen a constituir uno de los rasgos más notables de su enseñanza celestial y divina.

Santa Teresa fué, en efecto, *MADRE de la Iglesia*, como la llama un escritor francés; toda la materia relativa a la acción de gracias después de la Comunión forma una de sus más características y sabias lecciones de ciencia espiritual; creyéndose igualmente (así al menos lo aprendió por experiencia uno de los

panegiristas más entusiastas de la sierva de Dios) que esta española ilustre goza de un especial favor del Cielo para hacer aprovechar a los hombres en la dulce práctica de acción de gracias después de la sagrada Comunión, cuyo aprovechamiento es de importancia incalculable para toda la vida espiritual.

Una buena y metódica acción de gracias después de la Misa y Comunión obraría ciertamente la más completa, rápida y eficaz reforma del clero, al propio tiempo que movería a los seglares a comulgar más a menudo, aparejándoles para que aprovecharan más y más cada día en la virtud, con la frecuencia en recibir la sagrada Comunión.

Si, pues, nuestros hacimientos de gracias son ruines y despreciables, rogad encarecidamente a Santa Teresa que os alcancé del Señor la gracia de hacerlos bien; cuyos efectos de don tan singular, que ella os procure, los sentiréis sensiblemente dentro de vuestra alma.

Toda la eternidad no es bastante larga para alabar debidamente a Dios por una sola de sus más livianas mercedes que haya tenido la dignación de concedernos, y serían necesarias innumerables eternidades para pagarle el beneficio inestimable que nos dispensara, dán-

donos, así a nosotros como a su Santa Iglesia, la *Seráfica Madre* Santa Teresa de Jesús.

San Alfonso y otros escritores de ciencia espiritual no han temido asegurar que una sola Comunión bien hecha es suficiente para disponer al hombre a la canonización y a que se le coloque sobre los altares; que la acción de gracias es el tiempo precioso en que el alma se apropia la abundancia de las divinas larguezas, y se embriaga en las fuentes de la luz y de la vida.

El consejo de San Felipe acerca del particular está respirando aquella exquisita sabiduría que tanto resplandece en los documentos espirituales de este varón insigne; recomiéndanos, pues, que, si hemos tenido la meditación antes de la Misa, no derramemos el espíritu después de haber comulgado, discurriendo otras nuevas consideraciones, sino que continuemos aquel pensamiento que inspiraran en nuestra alma una suave unción celestial y divina durante nuestra meditación, y así es como evitaremos malgastar malamente no poco tiempo en nuestra acción de gracias, ora devanándonos los sesos en busca de un asunto particular, o bien afanándonos, por no saber, entre tantas cosas como tenemos que decir al Señor, cuál sea la

primera por donde debemos comenzar, aviso excelentísimo que está enteramente conforme con todos los otros documentos fáciles y gustosos del Santo en cosas espirituales.

Quisiera este siervo de Dios que fuese tal nuestra familiaridad con el Señor nuestro Creador y Padre amorosísimo; que en cualquier visitación suya inusitada e imprevista que tuviese la dignación de hacernos, propusiésemos la actividad menos perfecta de Marta al reposo y unión de María su hermana; y he aquí el espíritu que animaba a varón tan insigne al aconsejar a los Padres de su Congregación que no tuviesen hora fija para decir la Misa, sino que fuesen a celebrarla cuando el sacristán les llamase.

Pero muchas personas que viven en medio del mundo no pueden tener una meditación formal y metódica antes de la sagrada Comunión, y no pocas otras practican la oración mental de diferente manera, ejercitando la oración llamada afectiva, en la cual obra más bien la voluntad que el entendimiento; y semejantes sujetos no raras veces se encuentran embarazados, no sabiendo cómo volver a seguir el hilo de su oración después que han recibido el Pan de los Angeles.

Otras personas igualmente, en particular aquellas que, si bien profesan una especialísima devoción al Santísimo Sacramento, no pueden, sin embargo, lisonjearse de una habitual unión con Dios, ven por experiencia que la recomendación de San Felipe no es acomodada al espiritual aprovechamiento de sus almas y, en consecuencia, tienen que consagrar aquellos momentos a la meditación sobre el Santísimo Sacramento y real presencia de Jesús dentro de, su corazón.

Atendidas, pues, todas estas circunstancias, y considerando al propio tiempo así la dificultad como la importancia de una buena acción de gracias después de la Comunión, no me parece inoportuno proveer a mis lectores de abundantes materiales para el hacimiento de gracias después de haber comulgado, presentándoles a este objeto un análisis del método recomendado por Lancisio, y copiado por este mismo escritor en dos diferentes tratados suyos espirituales.

Pero no se vaya por eso a creer que mi ánimo sea aconsejar a nadie semejante método, tal como se halla en el autor citado; es demasiado largo y bastante minucioso; y paréceme que raro había de ser el caso en que no entibiase la devoción con la multiplicidad

de actos que envuelve; el corazón debe jugar holgada y libremente, y todas sus funciones y ejercicios han de ser asimismo lo más simplificados que sea posible.

Mi intención; pues, como llevo indicado, al trasladarle a la presente obrita, no es otra que proveer de materiales, ya que dicho método es una especie de rica mina en la cual pueden abastecerse las personas de diferentes gustos, y hasta unos mismos sujetos, según las ocasiones y circunstancias, de pasto espiritual para la reflexión, como para el ejercicio de las aspiraciones, pues que abunda en pensamientos profundos y sublimes.

1.º Los actos que, según el P. Lancisio, deben seguir inmediatamente después de haber comulgado, son de humillación. Humillémonos profundamente delante de Dios, Rey de reyes, por su dignación en venirnos a visitar siendo un Señor tan lleno de majestad y grandeza; ponderando: 1.º, los pecados de nuestra vida pasada; 2.º, nuestras actuales imperfecciones y criminal flojedad y tibieza; 3.º, la ruindad de nuestra naturaleza comparada con la Divinidad excelsa de Cristo; 4.º, las perfecciones de la naturaleza divina y humana de nuestro Señor sacramentado.

2.º Ahora vienen los actos de adoración. Adoremos: 1.º, a la Trinidad Beatísima en el misterio augusto del Altar,- 2.º, adoremos a la Sacratísima Humanidad de Jesús; realmente presente en nuestro corazón y en las innumerables iglesias donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, regocijándonos en el culto y adoraciones que le están los fieles actualmente ofreciendo en oloroso holocausto, gimiendo y llorando los ultrajes, y quizá hasta blasfemias, con que los hombres le ofenden en su propia casa; 3.º, adoremos con rendida adoración el Alma inmaculada de Jesús sacramentado, ricamente engalanada con los vistosos ornatos de la santidad, y hermosamente ataviada con los brillantes aderezos de todos los merecimientos, y aquel antiguo, constante, copioso y abrasado amor que nos profesa; 4.º, adoremos igualmente, con el corazón hincado en la tierra, el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, por haberse dignado sufrir los amargos y crueles tormentos para nuestra salvación, hasta el punto de ser clavado en una cruz; y abrazándole dulcemente dentro de nuestro corazón, imprimámosle mil besos espirituales en aquellos de sus miembros castísimos que padecieron mayores dolores con los golpes y las heridas...

SECCIÓN 6

Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto

Pero ya creo que es hora de hacernos las importantes preguntas siguientes: ¿Cuál ha sido hasta aquí nuestra conducta relativa al cumplimiento del deber de la acción de gracias en general? ¿Cuál es nuestro sentimiento habitual acerca de los innumerables beneficios divinos que se nos han otorgado? ¿Cuánto tiempo hemos empleado, aun durante nuestros ejercicios espirituales y otros días de retiro, en contar las divinas larguezas que el Señor, ha tenido la dignación de concedernos a manos llenas?

Aconséjanos sabiamente San Ignacio que comencemos todos los días nuestro examen de conciencia contando las misericordias de Dios y dándole luego por ellas infinitas gracias; ¿hemos guardado fielmente siquiera esta pequeña práctica de devoción y agradecimiento?

No pocas personas llegan a consagrar ciertas horas del día al cumplimiento de diferentes deberes espirituales: ¿hemos dedicado nosotros algún breve rato á la acción de gracias?

Muchos otros cristianos conservan asimismo, en su devocionario, una notita de aquellas